

DIA DE FINADOS.

El día de muertos ha llegado ya!
La humanidad se detiene sin pretenderlo y sin pensarlo, ante el solemne espectáculo que la historia de todos los siglos extiende ante su vista, dando acceso en su espíritu a las graves reflexiones que las generaciones que pasaron, extienden ante su consideración.
El oleaje impetuoso de la vida que nos empuja, que nos arrastra y que nos precipita, sin que la planta que resbala pueda, apesar de sus esfuerzos, detenerse en su carrera vertiginosa e incesante, no es suficiente para impedir que la humanidad se detenga hoy en su camino, porque el obstáculo que le detiene es un sepulcro.

Puede el incrédulo pasar sin detenerse, por un templo de nuestro culto; puede el impío pasar sin detenerse, por un altar de nuestra creencia; puede el hereje, pasar sin detenerse por una imagen de nuestra adoración; pero puede el hereje, el incrédulo o el impío, pasar sin detenerse por un sepulcro en que se pierde un elemento, como se han perdido los centenarios de centurias que han constituido la humanidad?

Todos los hombres son individuos de una especie privilegiada y noble, y todos han tenido familia: todos tienen corazón, y todos, por consiguiente han tenido afecciones: todos han experimentado pérdidas, y todos, por ellas han sufrido pesares: todos tienen memoria, y en todos se presentan aquellos, al impulso de los recuerdos.

En la historia de todos los siglos, hay un día en que estos recuerdos se exaltan, en que estos pesares se avivan, en que estas pérdidas se lamentan, en que estas afecciones, como el ave de la fábula, renacen de sus propias cenizas.

La Iglesia Católica, con toda la ternura de una Madre, se apodera de nuestros dolores, que empapados en las lágrimas del corazón, vienen a llamar a las puertas de la memoria con su séquito de recuerdos, para ejercer sobre sus hijos, los más nobles atributos de su poder: para poner en sus manos los más eficaces recursos de su solicitud; para calmar su amargura en los más dulces consuelos de su cariño, y para recrear su vida con los más irrecusables testimonios de su bondad.

Al ver que sus hijos, arrastrados con la generación viviente de que forman parte, vienen volando con la rapidez nunca interrumpida de la más inflexible regularidad, y tienen que pasar por esta fecha, se coloca, por decirlo así, a su entrada; y para recibir en ella a los que en ella van a encontrar sus dolores vivos, sobre la tumba de sus deudos muertos, abre las arcas de sus tesoros; levanta la cortina de sus gracias; inunda su corazón de consuelos; se acerca con ellos, a las tumbas de los seres cuyo amor fue su tra felicidad, y pone en sus manos el talisman maravilloso con que podemos devolverles la vida.

Y no es esto una ficción ni una quimera.

Nosotros que hemos penetrado por esa puerta que se nos abre; que hemos seguido la senda que se nos indica; que nos hemos acercado al punto en que se nos espera, hemos sentido la más completa comprobación de esta verdad, porque allí encontramos, porque allí existen, almas que se funden con la nuestra para animar nuestro espíritu: brazos que nos prestan sus fuerzas para sostener nuestra marcha; pechos que nos prestan sus suspiros para desahogar nuestra amargura; labios que nos prestan sus palabras, para formular nuestras plegarias; corazones que nos prestan sus latidos para sentir nuestros dolores; ojos que nos prestan sus lágrimas para llorar nuestros pesares.

En el templo santo, donde el altar se levanta donde los cirios se encienden, donde la Fé se aviva, donde las cabezas se descubren, donde las rodillas se doblan, donde los recuerdos se avivan, donde el incienso se quemaba, donde los dolores convertidos en lágrimas, mojan el polvo del pavimento, el duelo de sus ceremonias es el reflejo de nuestro duelo; el luto de sus vestidos es la representación de nuestro luto; la armonía de sus lúgubres ayes, es el eco de nuestro dolor; sus lastimeros ojos son la manifestación de nuestra amargura; sus gemebundas preces, la expresión de los deseos, que dejamos escapar del corazón envueltos en nuestras plegarias.

El órgano ha entumecido, porque sus vibraciones de alegría no turben las palpitaciones de nuestra tristeza; sus ritos se adaptan a nuestros afectos y a nuestros quebrantos; y hasta las alabanzas a sus santos, se truecan en súplicas por nuestros muertos.

Por nuestros muertos! Por esos seres tiernamente amados, a quienes debemos la vida, la educación, la carrera, las creencias y la Religión.

Por nuestros muertos! Por esos seres que tanto nos amaron en el mundo, y que nunca nos vieron sin que sus ojos estuvieran inundados de ternura; que nunca nos hablaron sino que sus palabras estuvieran empapadas de amor; que nunca nos tocaron sin que en sus preciosas manos llevaran abundantísimas caricias; que nunca nuestra felicidad dejó de hacer su ventura; que nunca nuestras penas dejaron de huirlos en la aflicción.

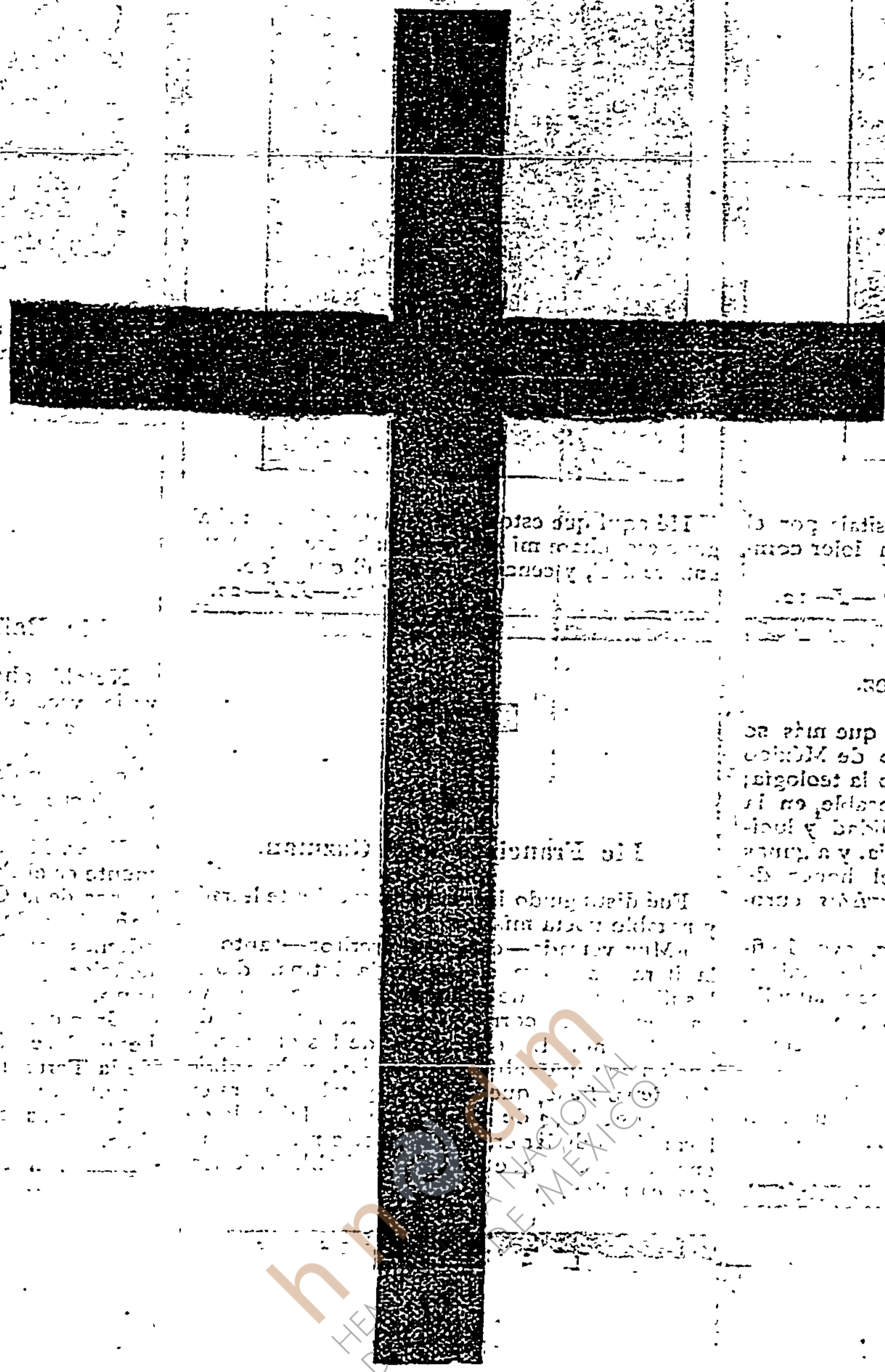
Por nuestros muertos! Por esos amigos fidelísimos que nos acompañaron en una parte no pequeña de la jornada, alumbrándonos con sus luces, ayudándonos con su consejo, dirigiéndonos con sus reconvenientes, estimulándonos con sus adelantos con sus elogios, censurando con su desaprobación nuestros errores!

Por nuestros muertos! Por esos amigos del alma, que al encontrarnos a su paso nos estrecharon la mano con afecto; que al regresar de una ausencia nos recibieron entre sus brazos; que al vernos en una necesidad se apresuraron a socorrerla; que al vernos en un peligro no perdieron sacrificios para salvarnos.

Por nuestros muertos! Por esos superiores respetables, investidos de dignidad altísima, que recibieron las confidencias de nuestra alma, los secretos de nuestro corazón, las faltas de nuestra flaqueza, y que dirigiéndonos con sus luces, persuadiéndonos con su consejo, y conmoviéndonos con sus exhortaciones, levantaron su autorizada mano para otorgarnos el perdón.
En el templo, extasiados en nuestros dolores, esos recuerdos; oprimidos por nuestros fervientes deseos; abrumados por las necesidades de nuestros deudos queridos, experimentamos una impresión indefinible de gratitud, de esperanza y de consuelo, cuando a cada instante oímos decir al sacerdote:

Hoy estarás conmigo en el Paraíso.

S. LUC. XXIII.—43.



Acordaos, Señor, de vuestros siervos.

MEMENTO POR LOS DIFUNTOS.

Señor, oye mi oración; y lleguen a tí los clamores de mis gemidos.

Cuando estos gemidos y esas oraciones se elevan en favor de nuestros amigos y parientes que sufren; cuando cada instante escuchamos entre las preces de la Iglesia, las que piden para ellos el eterno descanso; las que solicitan para ellos la eterna luz; las que imploran, entre clamores y gemidos, la gracia de que descanse en paz...

El día de muertos ha llegado ya!

Pronto pasarán sus fugitivos instantes, como pasa todo en nuestra fugitiva existencia. Pero al perderse en el abismo del pasado, no dejará tras de sí las sombras, la desolación y el desconsuelo: por el contrario, dejará una huella de luz, un manantial de consuelo y un tesoro de merecimientos para los cristianos que, asociando sus sentimientos a los sentimientos de caridad de nuestra Madre la Iglesia, han desahogado su dolor en su amoroso seno al cumplir con el santo, piadoso, elevado y saludable deber de rogar a Dios por los muertos.

comun, a fin de que cada uno de los que pasan por la tierra, pueda entenderse misteriosamente con los que aún existen sobre ella.

Aquí, la joven madre, a quien los ángeles del cielo robaron el ángel bello que acariciaba en su regazo, no osa moverse, ni alentar siquiera porque ha creído oír la tierna voz que hacía la tir su pecho de amor y esperanza, llamándola MADRE desde lo alto; y permanece así horas y más horas fijos sus ojos en la bóveda celeste.

Allí, una anciana, viuda desde temprana edad, para quien fuera un precepto aquello de *un Dios, un amor, un marido*, arrebuja en su negro manto de lana, murmura oraciones mezcladas con palabras de amor en testimonio de su fidelidad inquebrantable; y en la tranquilidad de su semblante y en la expansiva expresión de sus ojos revela esperar sin temor la hora de la muerte, que ha de reunirle otra vez con su cariñoso compañero, cuya mirada le parece ver al través de la pesada losa revelándole su gratitud.

Allí, un grupo encantador de jóvenes de uno y otro sexo, arrojados sobre una losa sepulcral, aparecen en torno de ella flores y coronas, que hacen reverdecer con el rocío de sus lágrimas; y luego, plegadas las manos y cerrados los ojos, sienten caer sobre sí la cariñosa bendición de sus padres, por quienes oran y de quienes esperan protección y consuelo.

Allí, la amante de corazón puro y alma elevada devora con ansia sin igual la tumba en la que sepultó la muerte su dicha, sus esperanzas, sus juveniles ilusiones; y se ofrece víctima de expiación para que Dios perdone las faltas inconsideradas de la juventud, cometidas, tal vez, por el que era luz de sus ojos y alma de su alma, prometiéndole entretanto guardar, bien cerrado en el pecho, un tesoro de amor, hasta poder comunicárselo nuevamente en el cielo.

II
Flores y luces: recuerdos y esperanzas! Bienaventurados los que no tienen por qué avergonzarse de aquellos y sienten viva y esplendente la fé en estas.

Así es como se enlazan la vida y la muerte el ayer y el mañana, lo que fué y lo que ha de ser. Así es como no se pierden ni se rompen estos sentimientos y afectos que han dejado a nuestro corazón tantas horas de dulzura, tantas días de felicidad. Así, en fin, como la resignación viene a ocupar el lugar de la desesperación o abatimiento cuando suena la hora de las grandes penas y de las irreparables pérdidas. La muerte siega la deleznable vida de los cuerpos; pero no tiene poder sobre la vida de las almas. Y los dulces afectos y los sentimientos

los nobles y la pureza del amor y la fidelidad a toda prueba, no son de la carne, son del espíritu.

Desgraciados aquellos que, cruzando el dintel de la morada de los muertos, solamente ven en los lúgubros sepulcros polvo hediondo y huesos carcomidos. O no tienen corazón, o éste es su mayor verdugo.

Dichosos los que oran... y con luces y flores, colocadas sobre las sepulturas, estrechan más y más los lazos que les unieran con los muertos.

Santa Religión católica, ¡bendita seas tú! que nos has enseñado tan consoladoras verdades, porque con ellas, aun en medio de la desolación de la muerte, haces dulces nuestros recuerdos, enlazándonos misteriosamente con segura y firme esperanza.

Flores Eternas.

El paganismo nuevo pretende invadirlo todo, hasta el día que la Iglesia ha consagrado a las expansiones del dolor, a los recuerdos y las plegarias por aquellos seres que, aunque difuntos, viven en nuestro corazón.

La opulencia, el esplendor de las decoraciones sepulcrales; el estridente lujo de los vestidos dentro de los recintos mortuorios, y ¡ay! la orgía, el desenfreno de la ebriedad y de los vicios fuera; hé aquí el cuadro de una fiesta presidida por el recuerdo de la madre santa, del padre abnegado y venerable, de los hijos muertos en la edad de la inocencia, o entre los brazos amantes de la fé católica; hé aquí, pues, una gran conquista pagana.

Es preciso, por el respeto mismo de aquellos cuya memoria nos pertenece, por el mismo amor de los seres que nos amaron y que en este día nos piden un recuerdo y una plegaria, devolver a esta solemne augusta, a este día del corazón, a esta fiesta santa y sublime, el carácter cristiano de sus primeros y prolongados días.

Justo es llevar coronas y flores para decorar la última morada, el estrecho espacio de tierra en que descanse los despojos de aquellos que fueron la paz, el amor, el contento y el valor de nuestra vida, justo y debido es consagrar a su memoria el tributo de las manifestaciones materiales que exige la misma índole de nuestra naturaleza caída. Pero sobre esos tributos y esas manifestaciones hay algo infinitamente más grande, infinitamente más digno de los muertos, esas flores que nunca se marchitan; esas flores

que, nacidas en nuestro espíritu, son trasplantadas por los ángeles en el eterno paraíso.

La forma de esos adornos, su especie y calidad son el símbolo de aquellas flores perennes. Pero habiendo quedado el símbolo, parece que se ha suprimido la realidad.

Llevamos coronas, porque ellas son la forma tangible, el emblema que dió la antigüedad al premio de la virtud. Llevamos flores, porque ellas son el símbolo de la felicidad, y tratándose de la dicha de ultratumba, se acentúa su significación siendo negras. Llevamos siempre vivas, porque simbolizan el recuerdo perpetuo en nuestra alma, y llevamos cirios porque son el símbolo de la fé viva, de la fé que arde en nuestras mentes, y porque también representan la fé de aquellos que duermen en paz bajo la tierra.

Más antes que ofrecer el símbolo debemos ofrecer a nuestros muertos la realidad. Antes que colocar las coronas debemos ofrecerles las virtudes que representan, y antes que encender los cirios, debemos encender allí, sobre esos sepulcros que tienen tanto de un tribunal mudo, pero inflexible, la llama de nuestra fé en Jesucristo.

¿Qué mejor ofrenda, que corona de virtud más bella e inmarcesible, para el sepulcro de una madre, que el cuadro de una familia unida, virtuosa y que cultiva con esmero las virtudes y las creencias que aquella sembró con puras y bienhechoras manos?

¿Qué más galano y verdadero presente para la esposa que arrebató la muerte, que la flor de una fidelidad hermosa, que la educación moral y asidua, de los hermanos confiados al cetro de un padre querido?

¿Qué siempre viva más lozana para el sepulcro de un hermano, que el cultivo de las virtudes en que se distinguió, el amparo de su familia, el respeto a su memoria hecho práctico en el vasto campo de la moral y la beneficencia cristiana?

¿Qué ofrecimiento, en fin, más digno de los muertos, que los dolores sufridos con valor, las ofensas perdonadas, las lágrimas enjugadas en nombre de su memoria?

Hé aquí el sentimiento cristiano. Hé aquí la gran práctica de este día.

Arraquémosle todo carácter pagano. Hagamos nuestros presentes dignos de aquellos a quienes van dirigidos, y pensemos que las almas por quienes debemos orar y a cuya memoria consagramos estas ofrendas, están ya fuera de las mezquinas vaidades humanas y no recibirán sino las flores eternas de la virtud.

Beati Mortui!

¡Ah! ¡dichosos los que mueren en los brazos de la fe santa!

Y dan el á Dios eterno

A aqueste valle de lágrimas!

Triste lugar donde gime

Entre pesares el alma;

Doliente como cautiva

Lejos de la dulce patria,

Do la iniquidad y el vicio

Blanden victoriosas palmas;

Mientras la inocencia sufre

A sus plantas humillada.

¿Qué dejamos al partir

De aquesta mísera estancia,

Sino acerbas amarguras

Que ningún placer acalla?

Es verdad que aquí hay flores

Hermosas y perfumadas,

Mas ¡cuan breve es su perfume!

Cuan efímeras sus galas!

El sol que con su luz pura

Nos alegra en la mañana,

Luego al soplo de la noche

Su vivo fulgor apaga,

Y si del cielo sereno

La belleza nos encanta,

¡Cuántas veces nos la encubren

Mil tristes nubes opacas!

Es verdad que en áurea copa

El placer goce regala,

Mas el placer muere pronto

Y a la vez que muere mata.

¿De qué sirven las riquezas

Si roban la paz del alma?

¿De qué los altos honores

Si en la cumbre hay más borrasca?

¡Ah! ¡dichosos los que dejan

Aqueste valle de lágrimas,

Dichosos, sí, los que mueren

En brazos de la fe santa!

PENSAMIENTOS.

La muerte es un alacran: quítese la ponzoña y quedá el reptil menos terrible y más despreciable.

¡Amar la vida! esto es necesario; ¡pero no es verdadera vida aquella cuyo pórtico es la tumba del cristiano?

Segun Mahoma hay un puente delgado como el filo de una espada, que tienen que pasar las almas para llegar a la eternidad feliz.

El verdadero puente está de la cuna al sepulcro.

R. V.

A LA MUERTE.

Tú eres piadosa y justa porque iguales En el silencio de tu sombra oscura Al mendigo, y al rey, y a la hermosa Toruando en polvo sus meatidas galas.

¿Por qué si el fin del padecer señales Tiembala al mirarte el hombre con pavora? ¿Qué no sabe que se halla la ventura Bajo la dulce sombra de tus alas...?

Yo anhelo la quietud de tu reposo, Pues una voz me dice que te espere Cual se espera un amigo cariñoso.

Hé aquí mi corazón, míralo, hierre; Yo no temo tu aspecto pavoroso; Porque algo siento en mí que nunca muere.

PANTEON CATOLICO DE 'EL TIEMPO.'

Un recuerdo á los que murieron en el Señor.



Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor.

Apo. - XIV - 13.



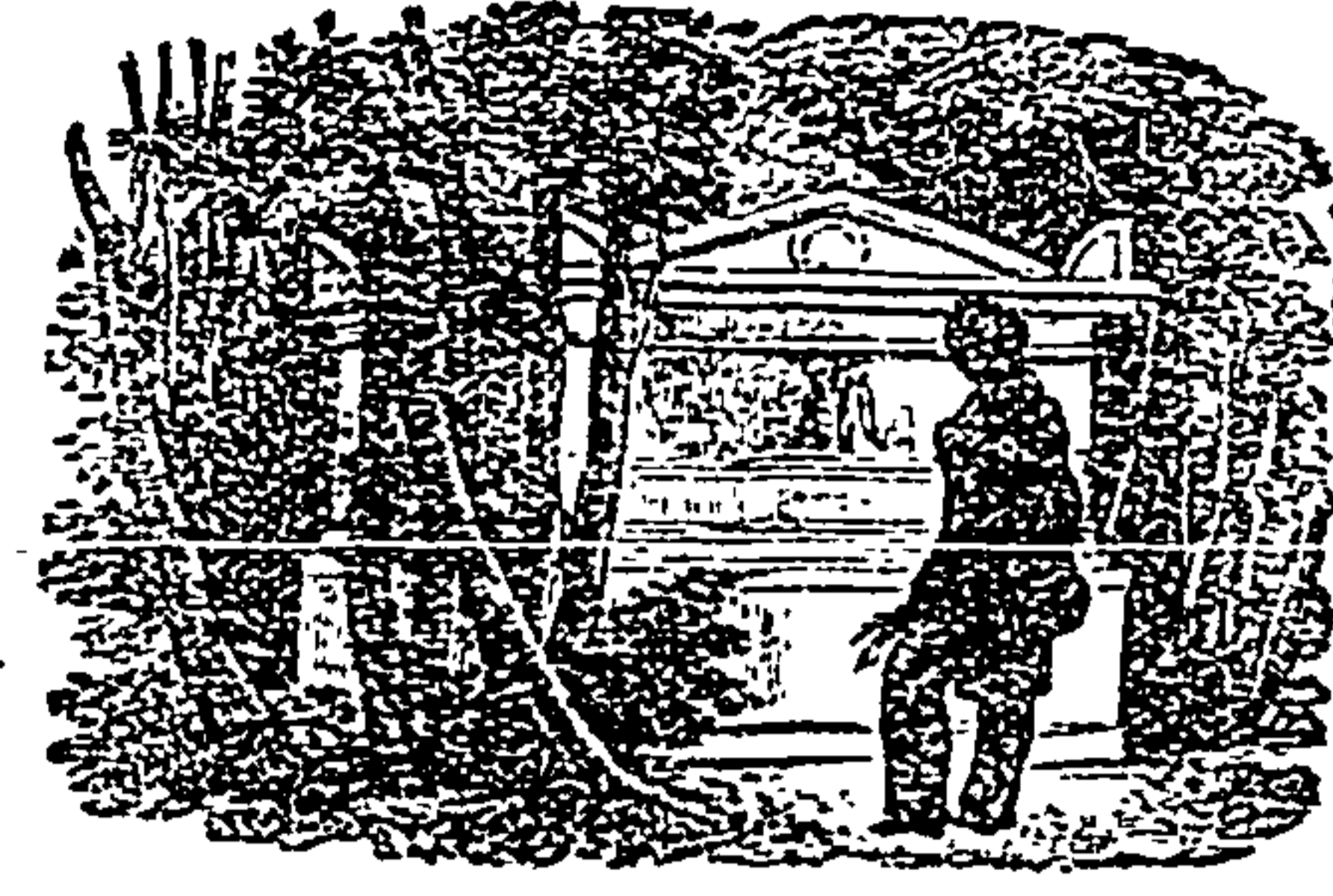
Oh vosotros todos los que transitais por el camino! ved y considerad si hay un dolor comparable con el mio.

Lam. Jerem. - I - 12.



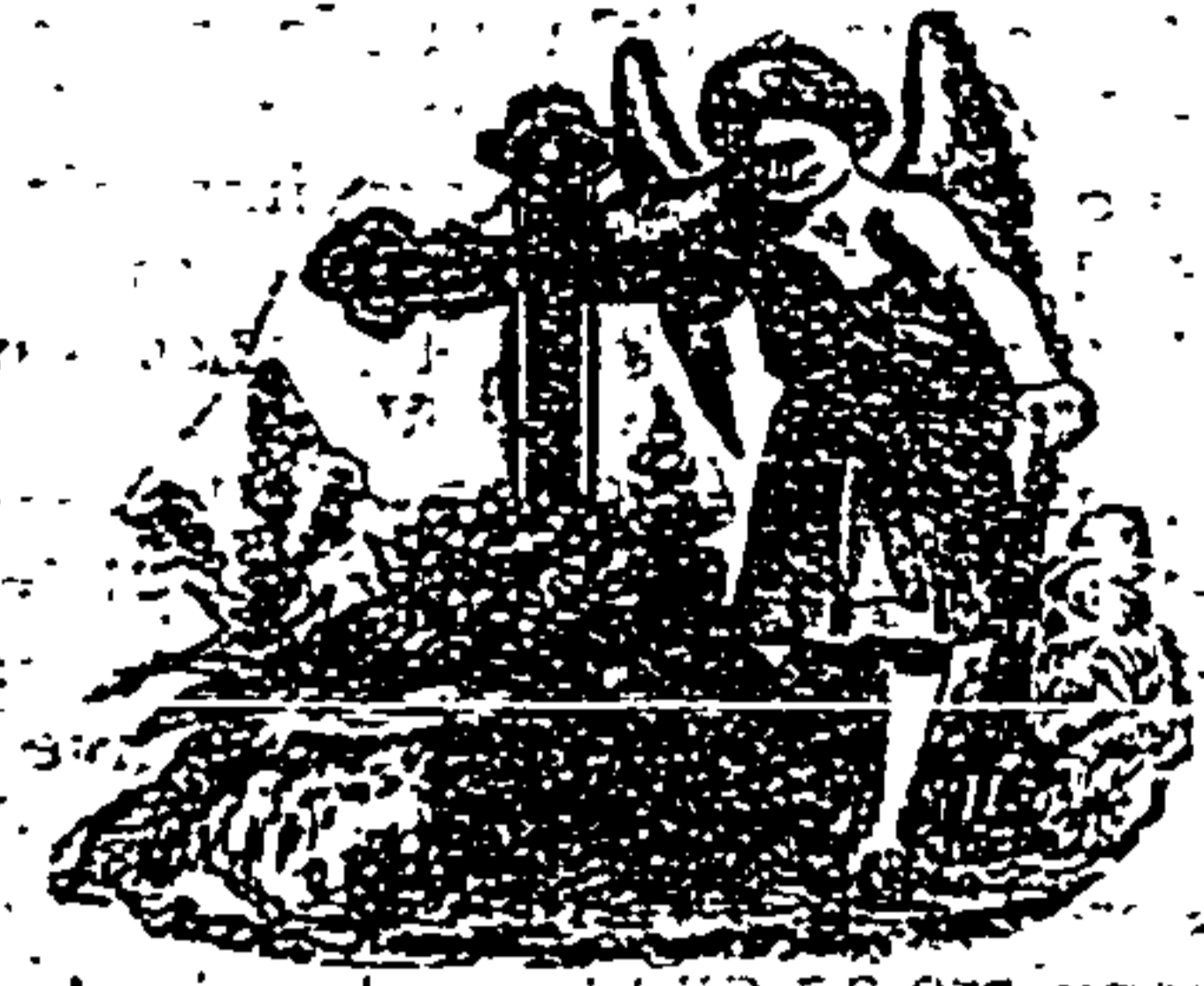
¡Hé aquí que estoy á la puerta y llamo: si alguno escuchare mi voz y me abriere la puerta, entraré á él, y cenaré con él y él conmigo.

Apo. - III - 20.



Graciosamente daré de beber al sediento de la fuente del agua de la vida.

Apo. - XXI - 6.



Los que mueren en tu gracia, Señor, tendrán nueva vida: despertaras y entonarás himnos de alabanza los que dormís en el polvo del sepulcro.

Isaias - XXXVII - 19.



D. Anselmo de la Portilla.

Aunque nacido en España, justo es que tributemos hoy un recuerdo al noble, simpático y querido apóstol de la union entre México y su antigua metrópoli.

Los servicios que prestó á ambos pueblos, reconciliando los ánimos de sus hijos, por medio de una predicación pacífica y persuasiva de la verdad histórica, se recordará siempre en nuestra patria con intensa y honda gratitud, porque merced á esa obra del inolvidable redactor de La Iberia, acabaron para siempre aquellos odios y rencores, aquellos agrios resentimientos entre españoles y mexicanos, que más de una vez turbaron la confianza y la armonía entre ellos.

El Sr. Portilla poseía un corazón generoso y magnánimo, una ilustrada y clarísima inteligencia, una voluntad firme y constante para luchar en pró de la causa á que dedicó toda su vida: la reconciliación y la paz entre dos pueblos hermanos.

Podrán alguna vez las volubilidades humanas y el transcurso del tiempo ocultar momentáneamente el nombre de D. Anselmo de la Portilla, porque hay épocas en que parece olvidarse todo, y en que se desconoce aun lo que es digno de perpetua y feliz memoria; pero cuando un conflicto doloroso, una dificultad grave, un contratiempo producido por la imprudencia de las pasiones, se termine y resuelva por medio de un arranque de fraternidad hispano-americana, entonces aquel nombre respetado y querido surgirá luminoso y radiante para ser saludado y bendecido por todos.

El Sr. Portilla murió el 3 de Marzo de 1879, y está sepultado en el Panteon del Tepeyac.



Lic. Javier Cuevas.

Ocupó un buen lugar en el foro mexicano, y se distinguió en él por su honradez y sus excelentes dotes profesionales. De rectas y sanas ideas; de noble corazón; de ardiente y viva piedad, fué un ciudadano modelo; un amantísimo esposo y un intachable padre de familia.

Murió repentinamente; pero tenía una vida tan arreglada, era tan estricto observante de las prácticas religiosas, y con tal unción frecuentaba los sacramentos, que de él no podrá decirse que la muerte le cogió desprevenido.

¡Teagan, pues, ese consuelo su desolada viuda y sus afligidos deudos!



Lic. José M. Oliver y Casáres

Juriscónsul eminente, juez recto, Magistrado de Integro, Abogado generoso y desinteresado, sirvió diversos cargos de una honrosa profesión en diversas partes del país, principalmente en Campeche, su país natal, en el que últimamente desempeñó el cargo de Promotor Fiscal, para el que fué reelecto pocos días antes de su muerte.

Dotado de un corazón sensible, de una lealtad perfecta, y de una esmerada educación era un amigo fiel, un hombre leal y un cumplido caballero.

Su instrucción era tan vasta como profunda; su conversación amena; su honradez acrisolada, su moral intachable.

Por sus conocimientos gramaticales y filológicos, fué nombrado miembro honorario de la Academia correspondiente de la Real Española.

Estimado de cuantos le conocieron, murió en el Señor el 5 de Octubre de 1886.—R. I. P.



Sra. Doña Victoria Tornel de Segura.

Fuó la compañera amante y virtuosísima del ilustre literato D. Sebastian Segura, próximo ya á recibir el ministerio sacerdotal.

Cuando Dios Nuestro Señor envió sobre el Sr. Segura, una tras otra, dolorosas pesadumbres, arrebatándole en pocos años personas queridas de su familia, la Sra. Tornel sabía fortalecer el espíritu de su esposo con elevadas y eficaces palabras, que salidas de los labios de la mujer cristiana, de la mujer fuerte, son como el bálsamo que mitiga todos los dolores, y suaviza todas las heridas.

Poseídos, pues, de profundísimo respeto, veámonos hoy á colocar la humilde siempreviva de nuestro recuerdo sobre la tumba de tan digna dama.



D. Ramon I. Alcaráz.

Murió el día 8 de Abril de 1886. Dejó como durable testimonio de sus sentimientos, humanitarios la Escuela de sordo-mudos fundada por el gobierno á mocion suya y dirigida por él con solicitud verdaderamente paternal.

Fuó poeta, correcto escritor, excelente gramático y ocupó algunos puestos públicos de importancia, en donde brillaron su honradez é integridad.



Ignacio Alcocer

Miembro distinguido de una distinguida familia de Jalisco, se hizo notable por sus conocimientos científicos, particularmente como ingeniero de minas, cuya profesion ejerció con grande éxito en Guanajuato. A su ciencia, á su piedad, á su dedicación y á su energía, se debió la bonanza de "La Luz" en 1848.

Perteneció á la 1ª comision científica del Estado de México, de que fué jefe el sabio Tomás Ramon del Moral.

Observó el cometa de 1843, sobre el que escribió un estudio astronómico, en cuyo ramo era notablemente adelantado.

Fuó profesor de astronomía y de física en el Colegio de La Purísima, de Guanajuato, cuya direccion tuvo á su cargo.

Perteneció á varias sociedades científicas, fué esposo modelo, excelente padre y leal amigo, y murió en el Señor, en Guanajuato, el 10 de Diciembre de 1870.—R. I. P.



Lic. Francisco de P. Guzman.

Fuó distinguido humanista, excelente letrado y notable poeta místico.

Muy versado—dice un escritor—tanto en la literatura griega como en la latina, dió en los últimos años de su vida, muestras de su vena poética, que corrió siempre á impulsos del amor divino. Lo encendido de los afectos, la uncion con que sabía expresarlos, y la sobriedad de su frase, que correcta y gallarda era expresion genuina de hondo amor á Dios, lo colocan á no dudar entre los poetas místicos más encumbrados y que mejor han hablado la lengua castellana.



José María Garmendia.

Desempeñó varios puestos de importancia en el Gobierno. La finura de su carácter y rectas costumbres lo hicieron apreciable á los ojos de cuantas personas lo trataron.

Murió en México en el seno de la Iglesia Católica el 20 de Octubre de 1887 y fué sepultado en el panteon de Dolores.



Manuel López Mercado.

Jóven, vivió mucho en poco tiempo. Modelo de periodistas, la verdad fué su luz el bien su mira; su patria, su adoracion, el cristianismo, su todo.

La juventud fué para él la edad madura; y como el almendro, dió sus flores ántes de tiempo, y ántes de tiempo sus frutos.

Vivió lo bastante, pues vivió bien.



Lic. Francisco Rodriguez Villanueva.

Notable abogado y excelente católico fué por mucho tiempo Presidente del Consejo Superior de las Conferencias de San Vicente de Paul, que tantos beneficios derraman sobre los pobres de México.



D. Victoriano Montes de Oca.

Modelo de honradez y trabajador como el que más, logró en pocos años formarse una modesta fortuna. Fué un farmacéutico empeñoso y de conciencia recta por la cual normaba todos sus actos. Murió el 5 de Abril de 1874, dejando un vacío inmenso entre su familia y las muchísimas personas que lo conocieron y trataron.

Hoy que le dedicamos un recuerdo, pedimos á Dios lo tenga en su santa gloria.



Lic. Rafael Martinez de la Torre.

Notable abogado y distinguido orador. Fué varias veces diputado al Congreso de la Union, y en ese cargo dió siempre patentes señales de patriotismo, independencia y honradez. Era el campeón de las buenas causas: su palabra fácil, elocuente y florida cautivaba á todos los que le oían, aun á sus adversarios.

El Sr. Martinez de la Torre atacó vigorosamente en el Parlamento la expulsion de las Hermanas de la Caridad, el año de 1874. Hizo el panegirico de esas santas mujeres, demostrando además con datos irrecusables los inmensos beneficios que derramaban en el pueblo mexicano.

Gran corazón, clarísima inteligencia, carácter benévolo, espíritu emprendedor, el Sr. Martinez de la Torre usó siempre su nombre á empresas útiles y benéficas para el país.

Patriotas como él, escasean ya en nuestros días.



Joaquín Velazquez de Leon.

El sentimiento religioso, fué el carácter dominante de su vida; la moral más intachable, la regla general de sus acciones; el talento y la virtud, los agentes que lo sostuvieron y lo impulsaron en su carrera.

Descendiente de una ilustre familia de mineros, hizo sus estudios en el Colegio de Minería á cuyo establecimiento y á cuyo ramo, prestó grandes servicios lo mismo que á su Patria.

Combatió por la Independencia nacional, siendo casi niño: obtuvo honrosas condecoraciones; creó el Ministerio de Fomento; sirvió tambien el de Guerra; fué Director del Colegio de Minería; catedrático de éste y otros establecimientos; fundador de la Escuela Práctica de Minas y de la de Agricultura; Ministro Plenipotenciario en Inglaterra, Estados Unidos y en Roma; miembro de varias Sociedades Científicas Nacionales y Extranjeras; desempeñó numerosas comisiones científicas, diplomáticas y administrativas; y despues de haber perdido la vista, murió en el seno de la Iglesia Católica, Apostólica Romana en la Villa de Tacuba el 8 de Febrero de 1881.—R. I. P.



María de Jesus Reinoso de Romero.

Tipe perfecto de la mujer cristiana, llenó su misión en la vida, luchando á veces con el infortunio, á veces con los padecimientos, estuvo siempre en aptitud de ofrecer al Señor el valioso sacrificio de su corazón atribulado.

Con la amargura en el corazón derramó sobre su familia la paz de su alma: sostuvo en su marcha á su digno esposo el inteligente ingeniero de minas D. Carlos Romero: dejó en su ejemplo lecciones provechosas á sus tiernos hijos; y enriquecida con todas las gracias de la Iglesia, despues de hacer la profesion de la tercera orden de San Francisco, murió en Guanajuato el 27 de Julio de 1887.—R. I. P.



Presb. Manuel M. Icaza.

El Padre Icaza, como carifiosamente lo llamaban todos, vivirá por muchos años en la memoria de cuantos tuvieron la dicha de tratarlo y de recibir de él sábios consejos.

Su humildad era tan grande como su virtud; dirigía muchas conciencias, y al hablarle, al verlo solamente, se sentía hacia su persona profundo respeto y una tierna é irresistible veneración.



Lic. D. Alejandro Arango Y Escandon.

Varon de altísimas virtudes, de ardiente y encendida piedad, de corazón semejante al de un niño por su pureza y su ternura; amante de su patria, generoso, caritativo, protector del débil y del menesteroso; solícito y amable con la niñez, el Sr. Arango fué uno de esos seres que Dios manda á la tierra para hacer el bien.

Como literato, es una de las glorias más puras y legítimas de México. Ha dicho un escritor: "Rindió culto fervoroso á la lengua castellana y á su literatura. Las Musas le lograron alumno tan aventajado, y en nuestros días no aizo escuchar de nuevo aquella música acordada y deleitosa con que suspendió á sus contemporáneos el príncipe de los líricos españoles."

Su dición correcta y elegante, y su conversacion nutrida siempre de sana doctrina, deliciosa, á cuantos tenían la suerte de escucharla, quienes á un mismo tiempo admiraban su pamosa erudición y la sin par belleza de nuestra lengua castellana, que salía de sus labios ataviada de sus mejores galas. Y como juntaba á sus raras talentos gran caudal de virtudes cristianas, no debemos extrañar que fuera el maestro, ó mejor dicho, el oráculo de la juventud católica, á la cual tendió mano generosa para preservarla de todo linaje de enseñanzas heterodoxas.

El Sr. Arango falleció el 28 de Febrero de 1883, dejando en la orfandad á los pobres de México.



Feliciana Cuevas de Ramos.

Reina de su hogar apacible y tranquilo; y centro en él de las más dulces, tiernas y profundas afecciones, era el objeto del amor sin tamaño de la Madre; la que correspondía con el amor entrañable de la hija: del amor respetuoso de los hijos, cuyo corazón formaba en la virtud; con la solicitud de la Madre: del amor íntimo del compañero de su vida, á quien adoraba con el amor excepcional de la esposa.

La muerte, como el rayo, que hierre al caer los puntos culminantes, descargó su terrible golpe en el sér que reunía todos los afectos, y que partió del mundo en Zacatecas, el 31 de Diciembre de 1885.—R. I. P.



Francisca Escandon de Landa.

Preciada joya y dama distinguida de la culta Sociedad de México, se hizo notable más que por sus prendas sociales, por sus virtudes cristianas.

Asociada al digno compañero de sus días el respetable caballero D. José M. de Landa, en la educación de sus hijos, fundó una familia en los principios severos de la moral.

Si su vida derramó el bienestar en torno de los que la conocieron, su muerte llenó de edificación á todos los que la presenciaron; y al causar un dolor profundísimo en sus deudos que la amaban, confirmó la verdad de que es preciosa á los ojos del Señor la muerte de sus escogidos.

Dejó de existir el 23 de Enero de 1879.—R. I. P.



Presb. Joaquín Primo de Rivera.

Ocupó altos puestos en la curia eclesiástica de México. A su fallecimiento, era Dean de la Santa Iglesia Catedral. Era un sacerdote virtuoso, muy estimado en la sociedad mexicana.

LOS QUE FUERON.

El fúnebre tañido de las campanas nos anuncia el día en que hemos de acordarnos de los que reposan en la morada del silencio.

¡Que bondadosa es la Iglesia cuando lo para todos tiene un recuerdo de amor! ¡Dichosos los que hemos nacido en su cariñoso seno y podemos saborear las dulzuras con que en esas festividades viene a consolar nuestros afligidos corazones!

¡Quién no ha sentido desgarrarse el corazón por la pérdida de padres o hermanos queridos y de tantos otros seres amados del alma!

¡Oh! nadie puede escaparse de rendir tributo a la muerte. Muerte cruel que todo lo emponzoñas con tu aliento! ¡Por qué nos causas tanto horror! ¡Por qué cuando pensamos en tí se apodera de nuestra alma un miedo tan profundo!

Porque qué es la vida sino una serie de amarguras y desengaños, de imperfecciones y de contrastes?

Por un lado el fausto; la pompa, la molición; por otro, la miseria, la pobreza, el sufrimiento; y si seguimos la lógica del mundo, exclamaríamos: ¡Desgraciados de los que para vivir han de rociar el pan con el sudor de su rostro; felices los que nacidos en alta esfera tienen aseguradas todas las comodidades de la vida!

¡Cuánto nos equivocamos! y si no, escuchemos a la célebre María Antonieta de Francia, víctima del furor revolucionario, que dice en sus memorias: "Mientras el ambicioso que subió a la cumbre de la grandeza busca en vano bajo las cortinas de púrpura el sueño que huye de él, el pobre aldeano al salir de su trabajo lo encuentra en su ahumada y tranquila cabecera."

¡Qué vemos en el mundo sino miserias, ingravidades, odios, intrigas y la vil calumnia que cunde por doquiera? Y sin embargo, deseamos vivir, y vivir para sufrir, antes que morir para gozar dichas inefables y eternas.

¡Flaqueza humana, que no comprende que vivir eternamente en este valle de lágrimas sería un infierno continuado!

Torcuato Tasso dice, que si no existiera la muerte no habría en el mundo nada más miserable que el hombre.

La muerte es la cosa más terrible para los que estamos en el mundo, pero es el don más precioso que Dios nos ha hecho. Los Religiosos son más felices que nosotros porque tienen casi vencida esa dificultad, pues ya tienen andado medio camino para ello; por eso se lee en la vida del bienaventurado San Ignacio de Loyola, que era ardientísimo el deseo que tenía de salir de esta cárcel y prisión del cuerpo, y que tanto suspiraba su alma por verse con su Dios, que pensando en su muerte, no podía detener las lágrimas que de pura alegría sus ojos destilaban.

Rodríguez: "¿Quién no se alegra de alcanzar y conseguir su último fin para que fué criado? ¿Quién no se alegra de entrar en la posesión de su herencia? Pues por medio de la muerte entramos en la herencia del cielo para ver el deleite del Señor, y no podemos entrar en la posesión de aquellos bienes celestiales, sino es por medio de la muerte."

Todo ha de tener su término en este mundo, como se ejecuta todos los días a nuestra vista. No hay nada en la tierra que no se cumpla ante los embates furibundos del tiempo; el tiempo, monstruo formidable en cuyo seno se sepultan las naciones y los individuos!

La ley inflexible de la destrucción no cesa de cumplirse un instante; su camino está sembrado de despojos, de escombros y de ruinas, y tras una serie de evoluciones las grandezas terrenales desaparecen, y su brillo termina con la oscuridad del sepulcro.

También los tronos se derrumban y añiquilan, terriblemente heridos por la espada inexorable del ángel exterminador. Apáganse igualmente los acentos del deleite y de la algazara, y los rumores del placer son substituidos por los melancólicos tañidos de la campana que abundantemente nos predica la pequeñez de las cosas de la tierra.

¡Qué hermosa y divina es una Religión que hasta de la muerte se sirve para estrechar la fraternidad entre los hombres! Todos por naturaleza somos iguales ante la muerte, porque todos somos hijos de Dios, y todos por consiguiente estamos sometidos a las mismas miserias.

¡Igualdad sublime que la Iglesia, nuestra cariñosa Madre, recuerda frecuentemente a los cristianos todos, por medio de sus ceremonias, para que ninguno se ensoberbeca, y todos caminemos con pié firme por la senda de la salvación!

Así como ellos acabaron el camino de la vida, lo acabaremos nosotros también; acudamos a saludarles con oraciones a la morada del silencio, y nosotros, los que hemos perdido a unos padres amados y a unos hermanos queridos, vamos a derramar una lágrima sobre la tumba de ellos y a elevarles una oración, justo tributo que debemos a las prendas de nuestra alma que dejaron esta mansión terrena.

¡Oh santa Religión! Sin tus consuelos, sin la esperanza que prometes al cristiano de reunirse en el cielo con el objeto amado y aquí perdido, sería vivir en tinieblas y amargo llanto.

¡Dichosos los que mueren en el Señor! Feliz la familia que tendrá el consuelo de la dicha de reunirse toda en el cielo.

PAZ A LOS MUERTOS!

(TRADICION) I Orad por los difuntos; que no es la misericordia de Dios más dura que las entrañas de la tierra.....

Sombrió como un mal pensamiento, fuerte como un atleta, elevábase a orillas del mar el castillo de Valdecoz. Encaramado sobre un peñasco, descansaban sus cimientos sobre la roca viva; su gran rampa levadiza que reforzaba la puerta, miraba hacia el mar, y su torre del homenaje se elevaba orgullosamente hacia el cielo, rematando en una enorme águila rampante sobre el firmamento, que oprimía entre sus garras un blason rojo. Hubiérase dicho que aquel gigante de granito se alzaba en su soberbia, diciendo al mar: Te despreció. — A las rocas: Te domino. — Y al cielo: deca impotente: ¡No te alcanzo!

Nadie le habitaba: cerrado como una tumba, reinaba en él un silencio fune más lúgubre que el de la soledad: aquel silencio parecía el de la muerte. Roto el soberbio blason que en la torre del homenaje sostenía el águila entre sus garras, parecía que, desplegando ésta sus alas de piedra, iba a huir de allí graznando aterrada: — ¡Lo que he visto!.....

¡A hiedra, fiel amiga de las ruinas, había coronado una lápida corroida por el tiempo y los temporales. En que por debajo de una estrecha sartera, se leía: Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat.

Al leer aquella inscripción, que como único nombre y única historia se descubría junto a un escudo destruido, hubiérase dicho que la cólera divina había venido a sustituir a la vanidad humana, en el dominio del castillo de Valdecoz. Su último señor, llamado el Malo, desapareció cazando en un bosque que formaba el límite de su señorío; tras meses antes, su hijo único Ferrant, llamado el Bueno, había desaparecido también, ignorándose su paradero.

El tiempo, gran desmenuador de misterios, ha conservado, sin embargo, una tradición del castillo de Valdecoz, que viniendo de padres a hijos, llega hasta nosotros, ennoblecida con el polvo de los siglos, y bautizada con una de las lágrimas de ternura: tradición que reconoce por origen la sencilla fe de nuestros antepasados, ó quizá alguna de esas prodigios de que se sirve Dios para despertar el arrepentimiento en el corazón del malvado y mantener la confianza en el justo.

Dien se nos alcanza que estas tradiciones, siempre sencillas y poéticas, al mir que profundamente religiosas, no encuentran hoy el santo eco que merecen. La despreocupación es la primera preocupación de este siglo, que se empuja sobre el escepticismo, creyendo subir al pedestal de la más alta superioridad intelectual, y consigue tan sólo encerrarse en el mezquino círculo de ideas triviales que alcanza y comprende. Mas no por eso dejaremos nosotros de recoger estas tradiciones, cual santas reliquias de la fe de nuestros mayores que venerar, ni dejaremos tampoco de narrarlas, cual hermosos ejemplos que imitar.

Niéguelas en buen hora el que no las crea, pero no se juzgue por eso superior a los que tenemos la dicha de creerlas y venerarlas. A cualquier necio le es dado negar más de lo que pueda probar un filósofo; y es por otra parte la sonrisa del esceptico demasiado fácil y vulgar, para ser de buen gusto ni de buen tono.

Una mañana de Octubre, volvía el Castellano de Valdecoz al frente de sus hombres de armas, de saquear un territorio vecino con cuyo Señor mantenía añejas rencillas. Cautivo éste de su enemigo, esperaba, en la altivez de espíritu que con esa adversidad es madre del heroísmo, ser colgado del águila que, cual la imagen de la soberbia, coronaba el castillo de Valdecoz.

En vano el caritativo Ferrant, pidió a su padre el perdón del prisionero, recordándole que el verdadero valor se corona, como el mérito con la modestia, con la clemencia hacia el vencido. Para vencedores como el Castellano de Valdecoz, no hay más ley que la de Breno: "Vencido" (1) — y desoidos por eso los ruegos de la compasión, fué cumplida la bárbara sentencia. Pendiente el cadáver del águila, que parecía cebar su corvo pico en aquel horrible trofeo de la muerte, había de permanecer allí hasta que fuese pasto de los buitres.

Ferrant se retiró horrorizado, y al mismo tiempo que las blasfemias del padre, subían al cielo las oraciones del hijo. A la media noche el piadoso doncel salía cautelosamente de su estancia: con el mayor sigilo subió a la torre del homenaje, y cargando sobre sus hombros el cadáver del desgraciado caballero, le dió sepultura en la playa, al pié de una roca a que no llegaban las mareas.

Imposible es describir la cólera del Castellano, al notar la desaparición del cadáver de su víctima. Todos los del castillo temblaron por Ferrant el bueno: mas tranquilo él combó la buena conciencia, sereno como el que cumple un deber se presentó a su padre, confesándose autor de aquella obra que era para el Castellano un delito. En éste la sorpresa adormeció a la cólera por un momento.

— ¡Desgraciado! — exclamó: ¿qué razón tuviste para desobedecer mis órdenes? — Dar paz a los muertos, ya que vos dais muerte a los vivos; respondió Ferrant, con la dulzura del respeto que contiene y la firmeza de la convicción que no se doblega. — ¡Paz a los muertos! — barbotó el Castellano lleno de rabia y desprecio. Más que mallas y caparaz, una cogulla mereciste... ¡Pero no lo regañes tu intento... te lo juro por la barba! — ¡Tu mismo vas a volver el cadáver de ese traidor al sitio que ocupaba! Ferrant se negó resueltamente a cumplir la orden impía de su padre, porque sabía que la

autoridad paterna tiene un límite, que termina donde lo que es bueno acaba. Como el cable que flexible pero fuerte, resiste el embate de las olas, resistió sumiso pero firme a las amenazas del Castellano.

Entonces aquel padre desalmado, en cuyo corazón ahogaba el crimen la voz de la naturaleza, arrojó a Ferrant del castillo; y el caritativo doncel abandonó los dominios de sus mayores, solo y desvalido, llevando en su escarcela, como único tesoro, una flor que había cortado en la tumba de su madre.

Pero en vano trató el Castellano desde la partida de Ferrant, de distraer en la guerra y en casa la negra melancolía que también desde entonces le roía el alma: el primer dolor con que el remordimiento hiere la conciencia del criminal, es con la impotencia de deshacer su crimen. Una mañana el Castellano, más triste y taciturno que de costumbre, salió a cazar en un espeso bosque que formaba el límite del señorío, y en vano sus hombres de armas le esperaron un día y otro día, porque el Castellano de Valdecoz no volvió nunca.

A poco decaíse por los alrededores que en el silencio de la noche salía de aquel bosque, una voz tristísima, tristísima, que clamaba: — ¡Paz a los muertos!... ¡Paz a los muertos!... Los años, cuya rapidez aterra cuando se cuentan pasados, parecen una inmensa cadena de días cuyo último eslabón se pierde en la eternidad, cuando se miran en el porvenir, cambian el aspecto del señorío de Valdecoz: los niños se hicieron hombres, los hombres se hicieron viejos, los viejos se hicieron... polvo.

Ya no resonaban en el castillo los cantos de los hombres de armas, ni la bocina del vigía de la torre del homenaje anunciaba el día, el medio día y el crepúsculo: solitario, cubierto de esas yerbas que el tiempo y el abandono hacen nacer en los edificios, como las penas y los años hacen nacer canas en la cabeza del hombre, parecía oprimido más por el peso de una maldición que por el de los siglos. En su soledad, desmoronábase viejo, caduco y sombrío; y renegando de su fortaleza, pedía, cual el judío errante, por única gracia la muerte. Sólo aquella voz triste, tristísima, continuaba a la media noche resonando en el bosque, con el afán del que pide, con la tristeza del que se queja, con la angustia de un lamento.

— ¡Paz a los muertos!... ¡Paz a los muertos!... Ferrant el Bueno volvió al señorío de su padre, después de haber combatido a los árabes como simple soldado, durante los veinte años que duró su ausencia. Al pasar por el bosque era la media noche, y más triste que nunca llegó a sus oídos el misterioso lamento: Ferrant se sintió sobrecogido por ese terror misterioso que infunde siempre lo sobrenatural hasta en los ánimos más esforzados; encomendóse, sin embargo, a la Virgen María, y entró denodadamente en la espesura.

Abriase en medio del bosque un gran círculo árido y triste, que contrastaba con la verdura de los árboles que, como horrorizados, no osaban traspasar aquella extraña circunferencia: en su centro vio Ferrant destacarse a la luz de la luna, un cadáver informe, sucio y medio podrido. ¡Cosa rara! aquel cadáver tenía abiertos los ojos, como si la muerte mirase y pidiese algo a la vida. Ferrant se aproximó poseído de un religioso terror, y da un grito terrible al reconocer a su padre en aquella masa inerte.

Pasados los primeros trasportes de sorpresa y de dolor, Ferrant intentó abrir con su hacha de armas una fosa en que sepultar el cadáver de su padre: pero la tierra, dura como la habla sido el corazón del Castellano, seca, como lo fueron sus ojos, repelente, como lo fué su mano para la desgracia, rechazó el acero cual si fuese duro mármol, negándose a dar una tumba al Castellano de Valdecoz. Ferrant vió la mano de Dios que castigaba al impío.

Pero aquí impío era su padre, y el buen hijo oró, rogó, humilló su frente sobre aquel suelo, instrumento de la justicia divina, y las lágrimas, que todo lo borran, que todo lo alcanzan, corrieron abundantes de sus ojos, viniendo a humedecer la tierra y a ablandar sus entrañas. Ferrant vió entonces que ésta se abrió lentamente por sí sola, dejando aparecer una fosa en que el piadoso hijo depositó el cadáver de su padre.

Los villanos de Valdecoz no volvieron a oír nunca aquel grito que pedía: ¡Paz a los muertos!

LUIS COLOMA, S. J.

MI MADRE MUERTA.

¡Bendito seas, Señor, yo te bendigo; Necesitaba el corazón rebelde Morir en mí, para vivir contigo! Necesitabas Tú, cual los turbiones Sacudir a la mar soberbia y loca. Sacúdime y domarme en mis pasiones. Necesitabas mi dolor de muerte Con que rendir mi corazón, pegado, Como pulpo, al pecado. Querías ser mi Dios, Dios verdadero; Y el ídolo en mi espíritu encontraste; Necesitabas desnudar de flores Mi sendero mortal, y te llevaste.

¡Oh, Señor, al amor de mis amores! Mucho tiempo llamaste al pecho mio Con dulce acento y paternal y amante En los rigores del Diciembre frío. Tus blandas manos del amor cautivas, Y de dones riquísimos cubiertas, Llamaban a mí hogar con tierna calma, Y no te abrí, cerré las de mi alma Como al infame saltador las puertas.

Mas ¡ah! llegóse un día En que ver no quisiste el dulce niño Dormido en el regazo de María, Sino el Dios del Calvario, el Cristo, el fuerte. El implacable juez de los terrores, Y llamaste a mí hogar, mas no con flores, Sino con el dolor de los dolores Y el alabon terrible de la muerte. Y penetré desapiadada y fría, Y clavó sus miradas en el lecho En que mi madre angelical dormía. ¡Qué espanto! ¡qué pavor! ¡con qué gritos Llamaba a tu clemencia en aquel día! Señor, no me escuchaste; tus oídos Con triple sello de inflexible bronce Cerráronse a mi llanto y mis gemidos. Sus ojos se nublaron, Palideció su faz como la cera, Sus lábios se cerraron; Detuvo el pecho su latir, y luego, Cayendo herida de la muerte impía Al arrancarse de su cuerpo el alma Arrancó de mí ser toda la mía.

Mi madre idolatrada, desde el cielo, Me estás mirando ya, me ves el alma, Yo no quiero el consuelo; No lo pido a la tuya compasiva; Quiero sufrir y más sufrir, llorarle, Siempre llorarle, sí, mientras que viva!

(1) ¡Ay de los vencidos!

¡Qué ménos que llorarte, si negado Me fué el consuelo de cerrar tus ojos Que tanto me lloraron ausentado; Si no fui yo quien desilzó la gota En tu labio ya cárdeno é inerte Para saciar tu sed, tu sed de muerte; Si de la cuna el beso placentero No te supe pagar con el pebrero Beso del ataúd; si acorrajada Acaso me buscabas junto al lecho Para darme el adiós de tu mirada; Si al través de ese espanto, de ese frío Tremendo de la muerte Tu prostrer pensamiento sería mio; Y si en la hora fatal de tu agonía No me bendijó a mí tu santa mano, Si mi llanto es en vano, ¿Qué ménos que llorarle, madre mía? ¿Sabes lo que es llorarle? No es verter esas gotas que a los ojos Cualquier dolor humano arrancaría. Llorarte es vestir de luto eterno Las horas del vivir, sacrificarle Todo amor terrenal, es ofrecerse En perpetuo holocausto, envejecerse De no oírte, no verte, no besarte. Es amarte en lo santo y lo sublime, En la virtud que desdeñada y pura En el dolor y el desamparo gime, En la anciana que pasa Con semblante cristiano, muda, fijos En las losas los ojos, ¡Cual tú en nuestra niñez llena de abrojos, Irá buscando un pan para sus hijos! Llorarte es suspirar hora tras hora Por ese instante de infinito anhelo En que rotos los lazos de la vida Volaré para hallarte allá en el cielo. ¿Qué será? ¡qué será, corazón mio, Amor de mis entrañas, gloria santa Volverte a ver, hablarte, acariciarte Tras de tanto dolor y ausencia tanta? ¡Volverte a ver, y siempre y para siempre, Besarte el corazón como solía, Aquel sublime corazón cristiano En que el Jesús dulcísimo vivía! Volver a oír la voz que me arrullaba. A extermiarme en la faz que el cielo mismo Con resplandores místicos bañaba. Contarte las tristezas de un desierto, De este hogar que quedó, sin tí, cual queda El corazón exánime de un muerto. Describírte ¡ay de mí! la estancia oscura, De tu lecho vacío cuando el cuerpo Llevaron a la negra sepultura, Y las flores marchitas y regadas Mezclaban sus perfumes, vago, incierto Al olor de las ceras apagadas; Contarte las negruras de esta ausencia Las lágrimas vertidas en tu tumba, El áspero crujir de una existencia Que se arranca de cuajo y se derrumba. Y amarte, ensueño mio, Con la llama beatífica. ¡Oh! si el cielo, Si la perenne dicha y la ventura Es Dios y sólo Dios allá en la esfera, Sabré que voy a entrar al paraíso Si te miro ante mí cuando me muera. Entre tanto, recibe mis dolores, Son para tí para tu humilde fosa Mis únicas ofrendas y mis flores. Píde por mí: no quiero del consuelo La ingrata indiferencia, la onda fría; En este sufrimiento con que te amo, Si tuviera un consuelo, moriría. Ruega por mí, que tu bendita mano Me siga bendiciendo desde el cielo, En los tormentos bárbaros del alma, Y en los abismos hórridos del suelo. Ruega por mí, que emice mi sendero Con puro firme y con valor cristiano; Y si digno de tu alma ser consigo, Que pronto, sí, muy pronto, madre mía, Vuelo de aquí para vivir contigo. México, Octubre de 1887.

TRINIDAD SANCHEZ SANTOS.

PENSAMIENTOS DE MASSILLON SOBRE LA MUERTE.

Las pasiones humanas tienen no sé qué de extraordinario y de incomprendible: todos los hombres quieren vivir; miran la muerte como la mayor de sus desgracias; todas sus pasiones los ligan a la vida, y con todo eso, sus mismas pasiones son las que sin cesar los van acercando a esta muerte a la que tanto horror tienen, parece que solamente viven para darse prisa a morir.

El primer paso que da el hombre en la vida es también el primero con que camina hacia el sepulcro; inmediatamente que se abren sus ojos a la luz, se le intima el decreto de muerte; y como si el vivir fuera en él delito, basta que viva para que merezca morir.....

Todos los días estamos muriendo: cada instante nos priva de una porción de nuestra vida, y nos adelanta un paso más hacia el sepulcro. El cuerpo se consume, la salud se gasta, todo cuanto nos rodea nos destruye; los alimentos nos corrompen, los remedios nos debilitan, éste fuego espiritual que interiormente nos anima nos consume, y toda nuestra vida no es más que una larga y penosa agonía.

Al salir de un espectáculo lúgubre en el que acabamos de ver el nacimiento, la juventud, los títulos y la fama arruinarse repentinamente y ocultarse para siempre en el sepulcro, nos volvemos al mundo más preocupados y con más ansia que antes de gozar de sus vanos objetos, cuyo polvo y cuya nada acabamos de ver con nuestros ojos y tocar con nuestras manos.

La incertidumbre de la muerte nos entretiene, y aparta de nuestra alma su memoria; la certeza de la muerte nos asusta y nos obliga a apartar la vista de su triste imagen: lo incierto de su hora nos hace vivir con descuido y confianza; el ser cierto é indefectible nos hace temer este pensamiento.....

La hora de la muerte es incierta; y así es temeridad en nosotros no pensar en ella y dejar nos sorprender: la muerte es cierta; y así es locura temer su memoria, pues nunca debes perderla de vista.

Pensad en la muerte, porque no sabéis a qué hora ha de llegar; pensad en la muerte, porque necesariamente ha de venir.

Siempre miramos a la muerte como horizonte que se limita nuestra vista, que a medida que nos vamos acercando a él, se va apartando de nosotros. Siempre lo vemos de lejos sin creer poder llegar a donde se halla; cada uno de nosotros se promete una especie de inmortalidad en la tierra; todo cae a nuestro lado: Dios tiene al rededor de nosotros a nuestros parientes, a nuestros amigos y a nuestros soberanos; y entre las ruinas de tantas fortunas y cabezas, nosotros permanecemos firmes, como si siempre hubiera de caer el golpe a nuestro lado; y como

si hubiéramos de echar en la tierra raíces eternas.

Todos nosotros vivimos sin saber la duración de nuestros días; y esta incertidumbre adormece nuestra vigilancia. No pensamos en la muerte, porque no sabemos en qué edad de nuestra vida colocaría.

Si al tiempo de nacer sacáramos escrito en nuestra frente el número de nuestros años y el día fatal en que habian de tocar a su término, esta idea fija y cierta, por más distante que estuviera, nos ocuparía de una manera absoluta, nos turbaría constantemente y no nos dejaría un solo instante de sosiego; siempre nos parecería corto el tiempo que aún nos faltara que vivir.

Esta imagen, presente siempre a nuestra memoria, aun contra nuestra voluntad, nos distraería de todo; nos haría insidiosos todos los placeres; sería motivo de que mirásemos con indiferencia la fortuna, y de que el mundo entero nos fuese molesto y enfadoso; y esta misma muerte, pudiendo llegar cada día y en cada instante, nos deja con todo el amor al mundo, a los placeres y a la fortuna; y porque no tenemos certeza de si viviremos hoy, vivimos como si nuestros años hubiesen de ser eternos.

Pensamiento de Bourdaloue sobre la muerte.

El pensamiento de la muerte es el remedio más eficaz para amortiguar el fuego de nuestras pasiones: es la regla más inflexible para acertar en nuestros consejos: es el medio más a propósito para inspirarnos un santo fervor en nuestros actos.

La principal ciencia y el principal estudio de la vida, es la ciencia y el estudio de la muerte; siéndole al hombre imposible vivir según las reglas de la razón, y mantenerse en una virtud sólida y constante, si no piensa repetidas veces en que se ha de morir.

En llegando a estar penetrado de este pensamiento: es necesario morir, más sano es el juicio que empiezo a formar de todas las cosas; despedido de mil ilusiones que la muerte y la eternidad desvanecen, en cualquiera ocasión que se ofrezca veo con mucha más claridad y presteza lo que me aleja de mí fin, ó lo que me puede ayudar a conseguirlo; y desde que lo veo, no vacilo sobre la resolución que he de tomar respecto de lo que me es útil ó perjudicial en el camino de Dios.

Si por ministerio de un Angelos avisase Dios que nuestra muerte había de ser mañana, ¿qué haríamos? ó por mejor decir, ¿qué no haríamos?

Todo lo haríamos, y aun haciéndolo todo, lloraríamos teniendo por muy poco cuanto llegásemos a hacer. Estaríamos tan lejos de entibiarnos, que nos entregaríamos a fervorosos excesos que sería necesario moderar.

La memoria de la muerte es la que siempre ha contenido a los hombres en los términos de lo justo; y los ha puesto, a pesar de las rebeliones de su soberbia, en una como necesidad de ser humildes.....

En posesionándose la humildad de un corazón, es cosa fácil hacer entrar en él la compunción y la penitencia.

Hay tres clases de personas que por diferentes motivos no procuran aliviar a las almas del Purgatorio: las primeras, porque no creen en sus penas; las segundas, porque aunque las creen no se compadecen de ellas; y las últimas, porque aunque se compadecen no buscan medios eficaces para aliviarlas.

No socorrer a las almas del Purgatorio porque no se creen las penas que padecen, es una conducta tan falta de razón como llena de error.

Crear las penas que padecen, y no interesarse en socorrerlas, es una dureza tan culpable como inhumana é impía.

Está dispuesto a socorrerlas, es un desorden tan común como digno de llorarse en la Cristiandad.

EPITAFIO. Hé aquí el que un amigo nuestro ha hecho para que sea grabado en su tumba el día en que muera. Hic veritas ultra vita

PENSAMIENTO. Sufrir despues de que Jesucristo sufrió por nosotros gozar! Morir, despues de que Jesucristo murió por nosotros es vivir! LEON VALMAR.

EN UNA LAPIDA. ¡Angel de mis amores!... Hijo mio, Tan querido de mí como llorado, ¿Cómo amándote yo hasta el desvario Pudiste separarte de mí lado, Fugaz como la perla del rocío Qué el matinal ambiente ha incorporado? Torna a mí seno, sin tu amor vacío, Te estrecharé en mis brazos, hijo amado; Pero no... ¡Se feliz, alza tu vuelo! ¿Quién no dejará un mundo por un cielo?

UNA ESPOSA A SU ESPOSO. Tránsida de dolor, sin luz ni gloria, Al umbral de esta fúnebre morada Consagra en holocausto a tu memoria Flores de amor, tu esposa infortunada. Aquí, sobre esta lápida mortuoria, A su intenso dolor abandonada, Tus restos velará hasta que sucumba Guardado con su amor en esta tumba. IMPRENTA DE "EL TIEMPO," A CARGO DE FRANCISCO MONTES DE OCA.